


EL ASCO
Thomas Bernhard en San Salvador


colección andanzas

HORACIO CASTELLANOS MOYA
EL ASCO
Thomas Bernhard en San Salvador

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: noviembre de 2007
© Horacio Castellanos Moya, 2007
© de la nota de Roberto Bolaño: Herederos de Roberto Bolaño, 2007
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Cesare Cantù, 8 – 08023 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-8383-027-7
Depósito legal: B. 38.900-2007
Fotocomposición: Pacmer, S.A. – Alcolea, 106-108, 1.º – 08014 Barcelona
Impresión: Reinbook Imprès, S.L.
Encuadernación: Reinbook
Impreso en España

Índice

Advertencia	11
El asco	13

Apéndices

Nota de Roberto Bolaño.	129
Nota del autor	135

A Tania
A José Luis Perdomo O.

ADVERTENCIA

Edgardo Vega, el personaje central de este relato, existe: reside en Montreal bajo un nombre distinto –un nombre sajón que tampoco es Thomas Bernhard. Me comunicó sus opiniones seguramente con mayor énfasis y descarno del que contienen en este texto. Quise suavizar aquellos puntos de vista que hubieran escandalizado a ciertos lectores.

El asco

Suerte que viniste, Moya, tenía mis dudas que vinieras, porque este lugar no le gusta a mucha gente en esta ciudad, hay gente a la que no le gusta para nada este lugar, Moya, por eso no estaba seguro de si vos ibas a venir, me dijo Vega. A mí me encanta venir al final de la tarde, sentarme aquí en el patio, a beber un par de whiskies, tranquilamente, escuchando la música que le pido a Tolín, me dijo Vega, no sentarme en la barra, allá adentro, mucho calor en la barra, mucho calor allá adentro, es mejor aquí en el patio, con un trago y el jazz que pone Tolín. Es el único lugar donde me siento bien en este país, el único lugar decente, las demás cervecerías son una inmundicia, abominables, llenas de tipos que beben cerveza hasta reventar, no lo puedo entender, Moya, no puedo entender cómo esta raza bebe esa cochinada de cerveza con tanta ansiedad, me dijo Vega, una cerveza cochina, para

animales, que sólo produce diarrea, es lo que bebe la gente aquí, y lo peor es que se siente orgullosa de beber una cochinada, son capaces de matarte si les decís que lo que están bebiendo es una cochinada, agua sucia, no cerveza, en ningún lugar del mundo eso sería considerado como cerveza, Moya, vos lo sabés como yo, ése es un líquido asqueroso, sólo lo pueden beber con tal pasión por ignorancia, me dijo Vega, son tan ignorantes que beben esa cochinada con orgullo, y no con cualquier orgullo, sino con orgullo de nacionalidad, con orgullo de que están bebiendo la mejor cerveza del mundo, porque la Pilsener salvadoreña es la mejor cerveza del mundo, no una cochinada que únicamente produce diarrea como pensaría cualquier persona en su sano juicio, sino la mejor cerveza del mundo, porque ésa es la primera y principal característica de los pueblos ignorantes, consideran que su miasma es la mejor del mundo, son capaces de matarte si les negás que su miasma, que su mugrosa cerveza diarreica, es la mejor del mundo, me dijo Vega. Me gusta este lugar, no se parece en nada a esa mugre de cervecerías donde venden esa cochinada de cerveza que aquí se bebe con tanta pasión, Moya, este lugar tiene su propia personalidad, una decoración para gente mínimamente sen-

sible, aunque se llame La Lumbre, aunque en la noche sea horroroso, insoportable por la bulla de esos grupos de rock, por el ruido de esos grupos de rock, por la perversión de molestar al prójimo que tienen esos grupos de rock. Pero a esta hora de la tarde este bar me gusta, Moya, es el único sitio al que puedo venir, donde nadie me molesta, donde nadie se mete conmigo, me dijo Vega. Por eso te cité aquí, Moya, La Lumbre es el único lugar de San Salvador donde puedo beber, y un par de horas nada más, entre cinco y siete de la tarde, tan sólo un par de horas, después de las siete este sitio resulta insoportable, el lugar más insoportable que pueda existir por el ruido de los grupos de rock, tan insoportable como las cervecerías llenas de tipos que beben con orgullo su cerveza sucia, me dijo Vega, pero ahora podemos hablar con tranquilidad, entre cinco y siete no nos molestarán. He venido a este lugar ininterrumpidamente desde hace una semana, Moya, desde que lo descubrí vengo todos los días a La Lumbre, entre cinco y siete de la tarde, y por eso decidí verte aquí, tengo que platicar con vos antes de irme, tengo que decirte lo que pienso de toda esta inmundicia, no hay otra persona a la que le pueda contar mis impresiones, las ideas horribles que he tenido es-

tando aquí, me dijo Vega. Desde que te vi en el velorio de mi mamá, me dije: Moya es el único con el que voy a hablar, nadie más de mis compañeros de colegio apareció por la funeraria, nadie más se acordó de mí, ninguno de los que se decían mis amigos apareció cuando mi vieja se murió, sólo vos, Moya, pero quizás haya sido mejor, porque en realidad ninguno de mis compañeros de colegio fue mi amigo, ninguno volvió a verme luego que acabamos el colegio, mejor que no hayan aparecido, mejor que al velorio de mi mamá no haya llegado ninguno de mis ex compañeros, excepto vos, Moya, porque odio los velorios, odio tener que estar recibiendo condolencias, no hallo qué decir, me molestan esos desconocidos que llegan a abrazarte y se sienten como tus íntimos nada más porque tu madre ha muerto, mejor que no hayan llegado, odio tener que ser simpático con gente a la que no conozco, y la mayoría de quienes llegan a darte el pésame, la mayoría de los que asisten a los velorios, son personas a las que no conocés, a las que jamás volverás a ver en tu vida, Moya, pero tenés que hacerles buena cara, cara de compunción y agradecimiento, cara de que en realidad agradecés que esos desconocidos vayan al velorio de tu madre a darte sus condo-

lencias, como si en esos momentos lo que vos más necesitaras es estar siendo simpático con desconocidos, me dijo Vega. Y cuando vos llegaste, pensé qué buena onda que Moya haya venido, y mejor incluso que se haya ido tan pronto, gracias a Moya, a que se ha ido tan pronto, pensé, no tengo que estar atendiendo a ex compañeros de colegio, me dijo Vega, no tuve que estar siendo simpático con nadie, porque en el velorio de mi madre apenas estuvimos mi hermano Ivo y su familia, una docena de conocidos de ella y de él (de mi hermano) y yo, el hijo

mayor, el que tuvo que venir apresuradamente de Montreal, el que nunca esperaba regresar a esta mugre de ciudad, me dijo Vega. Nuestros ex compañeros de colegio han de ser de lo peor, un verdadero asco, qué suerte que no me encontré a ninguno, aparte de vos, por supuesto, Moya, no tenemos nada en común, no puede haber una sola cosa que me una a alguno de ellos. Nosotros somos la excepción, nadie puede mantener su lucidez después de haber estudiado once años con los hermanos maristas, nadie puede convertirse en una persona mínimamente pensante después de estar bajo la educación de los hermanos maristas, haber estudiado con los hermanos maristas es lo peor que me pudo haber sucedi-

do en la vida, Moya, haber estudiado bajo las órdenes de esos gordos homosexuales ha sido mi peor vergüenza, nada tan estúpido como haberse graduado en el Liceo Salvadoreño, en el colegio privado de los hermanos maristas en San Salvador, en el mejor y más prestigioso colegio de los hermanos maristas en El Salvador, nada tan abyecto como que los maristas le hayan moldeado el espíritu a uno durante once años, ¿te parece poco, Moya? Once años escuchando estupideces, obedeciendo estupideces, tragando estupideces, repitiendo estupideces, me dijo Vega. Once años respondiendo sí, hermano Pedro; sí, hermano Beto; sí, hermano Heliodoro; la más asquerosa escuela para la sumisión del espíritu, en ésta estuvimos, Moya, por eso no me importa que ninguno de los sujetos que fueron nuestros compañeros en el Liceo haya llegado al velorio de mi madre, fueron once años de domesticación del espíritu, once años de miseria espiritual que no quería recordar, once años de castración espiritual, cualquiera de ellos que hubiera llegado sólo hubiera servido para que yo rememorara los peores años de mi vida, me dijo Vega. Pero pedí un trago, por estar con mi perorata ni me había fijado, tomate un whisky conmigo, llamemos a Tolín, el barman, el disyoqui, el milusos

a esta hora, un tipo buena gente, alguien a quien le agradezco que haya hecho mínimamente placentera mi estadía en este horrible país. Me da alegría platicar con vos, Moya, aunque también hayas estudiado en el Liceo como yo, aunque tengás la misma inmundicia en el alma que me metieron los hermanos maristas durante esos once años, me siento contento de haberte encontrado, un ex estudiante marista que no participa del cretinismo generalizado, eso sos vos, Moya, igual que yo, me dijo Vega. Yo tenía dieciocho años de no regresar al país, dieciocho años en que no me hacía falta nada de esto, porque yo me fui precisamente huyendo de este país, me parecía la cosa más cruel e inhumana que habiendo tantos lugares en el planeta a mí me haya tocado nacer en este sitio, nunca pude aceptar que habiendo centenares de países a mí me tocara nacer en el peor de todos, en el más estúpido, en el más criminal, nunca pude aceptarlo, Moya, por eso me fui a Montreal, mucho antes de que comenzara la guerra, no me fui como exiliado, ni buscando mejores condiciones económicas, me fui porque nunca acepté la broma macabra del destino que me hizo nacer en estas tierras, me dijo Vega. Después llegaron a Montreal miles de tipos siniestros y estúpidos

nacidos también en este país, llegaron huyendo de la guerra, buscando mejores condiciones económicas, pero yo estaba allá desde mucho antes, Moya, porque a mí no me corrió la guerra, ni la pobreza, yo no me fui huyendo por la política, sino que simplemente nunca acepté que tuviera el mínimo valor esa estupidez de ser salvadoreño, Moya, siempre me pareció la peor tontería creer que tenía algún sentido el hecho de ser salvadoreño, por eso me fui, me dijo Vega, y no me metí ni ayudé a ninguno de esos tipos que se decían mis compatriotas, yo no tenía nada que ver con ellos, yo no quería recordar nada de esta mugrosa tierra, yo me fui precisamente para no tener nada que ver con ellos, por eso los evité siempre, me parecían una peste, con sus comités de solidaridad y todas esas estupideces. Nunca pensé volver, Moya, siempre me pareció la peor pesadilla tener que regresar a San Salvador, siempre temí que hubiera un momento en que tuviera que regresar a este país, y lo evité a como diera lugar, lo evité a toda costa, siempre fue la peor pesadilla la posibilidad de regresar a este país y no poder salir nuevamente, te lo juro, Moya, esa pesadilla no me dejó dormir durante años, hasta que saqué mi pasaporte canadiense, hasta que me convertí en

ciudadano canadiense, hasta entonces esa horrible pesadilla dejó de fastidiarme, me dijo Vega. Ahora por eso me animé a venir, Moya, porque mi pasaporte canadiense es mi garantía, si no tuviera este pasaporte canadiense no me hubiera animado jamás a venir, ni se me hubiera ocurrido subir a un avión si no tuviera mi pasaporte canadiense. Y aun así sólo he venido porque se murió mi madre, Moya, la muerte de mi madre es la única razón que me pudo obligar a regresar a esta podredumbre, si no hubiera muerto mi madre jamás hubiera regresado, incluso cuando pensaba en la eventualidad de que muriera mi madre, Moya, jamás se me ocurrió que yo tuviera que regresar, me decía que mi hermano lo arreglaría todo, que mi hermano vendería las pertenencias de mi madre y me enviaría la parte que me corresponde a mi cuenta bancaria en Montreal, me dijo Vega. No tenía la menor intención de venir ni al velorio de mi madre, Moya, ella lo sabía, cada vez que llegaba a Montreal a visitarme yo le repetía que no pensaba regresar aunque ella muriera, que yo no tenía nada que hacer en estas podredumbres, y mi madre siempre me dijo que no fuera ingrato, que cuando ella muriera yo tenía que venir a su velorio, me lo pidió tanto, insistió de tal manera,

pese a mis negativas, que ahora estoy aquí. Ganó mi madre, Moya, me hizo regresar, ya muerta, claro, pero ganó: estoy aquí luego de dieciocho años, regresé nada más para constatar que hice muy bien en irme, que lo mejor que se me pudo ocurrir fue largarme de esta miseria, que este país no vale la pena para nada, este país es una alucinación, Moya, sólo existe por sus crímenes, por eso hice bien en largarme, en cambiar de nacionalidad, en no querer saber nada de él, es lo mejor que se me pudo ocurrir, me dijo Vega. Aquí viene Tolín con tu trago, Moya, eso me gusta también de este bar, me encanta ser amigo de quien me sirve los tragos, me encanta que me sirvan los tragos sustanciosos, sin tacañería, sin medida, nada más la botella empinada sobre el vaso, me gusta por eso venir a este lugar, Tilín es un excelente barman, me trata de lo mejor, me sirve los mejores tragos, si él no estuviera aquí yo no vendría, ni lo dudés, vengo a este bar porque Tolín me sirve unos whiskies hermosos, me dijo Vega. Gracias a que encontré este lugar mi estadía ha sido un poco más leve, Moya, porque al final tuve que regresar a causa de mi madre: se las desquitó todas, la señora, se desquitó todas las que le hice en Montreal, se desquitó mi desprecio, mi negativa a escuchar nada que

tuviera que ver con este país, mi negativa rotunda a que ella me contara la situación de Fulanito y de Menganito, a que me contara cómo aquel mi compañero de infancia se había convertido en un ingeniero de éxito y este otro en un médico cotizadísimo, se desquitó mi total desprecio a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con este país, mi desprecio a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con mi pasado, con mis amigos del colegio, con mis amigos del barrio, me dijo Vega. La última vez que mi madre llegó a Montreal, hace dos años, me lo advirtió, Moya, me dijo que yo tendría que venir cuando ella muriera, que yo no podía ser tan ingrato. Y aquí estoy, aunque sólo sea por un mes, aunque nada más se trate de treinta días, aunque no tenga la intención de estar ni un día más, aunque no logremos vender la casa de mi madre en este periodo, estoy aquí, en un sitio al que nunca creí regresar, al que nunca quise regresar. Yo no entiendo qué hacés vos aquí, Moya, ésa es una de las cosas que te quería preguntar, ésa es una de las curiosidades que más me inquietan, cómo alguien que no ha nacido aquí, cómo alguien que puede irse a vivir a otro país, a un lugar mínimamente decente, prefiere quedarse en esta asquerosidad, explicame, me dijo Vega.

Vos naciste en Tegucigalpa, Moya, y te pasaste los diez años de la guerra en México, por eso no entiendo qué hacés aquí, cómo se te pudo ocurrir regresar a vivir, a radicarte en esta ciudad, qué te trajo una vez más a esta mugre. San Salvador es horrible, y la gente que la habita peor, es una raza podrida, la guerra trastornó todo, y si ya era espantosa antes de que yo me largara, si ya era insoportable hace dieciocho años, ahora es vomitiva, Moya, una ciudad realmente vomitiva, donde sólo pueden vivir personas realmente siniestras, o estúpidas, por eso no me explico qué hacés vos aquí, cómo podés estar entre gente tan repulsiva, entre gente cuyo máximo ideal es ser sargento, ¿los has visto caminar, Moya?, yo no lo podía creer cuando vine, me parecía la cosa más repulsiva, te lo juro, todos caminan como si fueran militares, se cortan el pelo como si fueran militares, piensan como si fueran militares, espantoso, Moya, todos quisieran ser militares, todos serían felices si fueran militares, a todos les encantaría ser militares para poder matar con toda impunidad, todos traen las ganas de matar en la mirada, en la manera de caminar, en la forma en que hablan, todos quisieran ser militares para poder matar, eso significa ser salvadoreño, Moya, querer parecer mi-

litar, me dijo Vega. Me da asco, Moya, no hay algo que me produzca más asco que los militares, por eso tengo quince días de sufrir asco, es lo único que me produce la gente en este país, Moya, asco, un terrible, horroroso y espantoso asco, todos quieren parecer militares, ser militar es lo máximo que se pueden imaginar, como para vomitarse. Por eso te digo que no entiendo qué hacés aquí, aunque Tegucigalpa ha de ser más horrible que San Salvador, aunque la gente en Tegucigalpa debe de ser igualmente imbécil que la gente en San Salvador, al fin son dos ciudades que están demasiado cerca, dos ciudades donde los militares han dominado por décadas, dos ciudades infectadas, espantosas, repletas de tipos que quieren quedar bien con los militares, que quieren vivir como los militares, que ansían parecer militares, que buscan la menor oportunidad de arrastrarse ante los militares, me dijo Vega. Un verdadero asco, Moya, es lo único que siento, un tremendo asco, nunca he visto una raza tan rastrera, tan sobalevas, tan arrastrada con los militares, nunca he visto un pueblo tan energúmeno y criminal, con tal vocación de asesinato, un verdadero asco. Solamente quince días he necesitado para saber que estoy en el peor lugar en que podría estar: ahorita porque no hay

nadie aquí en el bar, Moya, pero te puedo asegurar que después de las ocho de la noche, cuando comienzan a entrar todos esos energúmenos que vienen por el grupo de rock, te puedo asegurar que la mayoría entra con una mirada que te quiere dejar claro que son capaces de matarte a la menor provocación, que para ellos el hecho de matarte no tiene la menor importancia, que en realidad desearían que les dieras la oportunidad de demostrar que son capaces de matarte, me dijo Vega. Una belleza de raza, Moya, si lo pensás bien, si lo pensás con detenimiento, te darás cuenta de que es una belleza de raza, lo único que le importa es la plata que tenés, a nadie le importa nada más, la decencia se mide por la cantidad de dinero que tenés, no hay ningún otro valor, no se trata de que la cantidad de plata que tengás esté por sobre todos los demás valores, no significa eso, Moya, significa que no hay otro valor, que no existe ninguna otra cosa que esté detrás de eso, simple y sencillamente ése es el único valor que existe. Por eso me da risa que vos estés aquí, Moya, no entiendo cómo se te ha podido ocurrir venir a este país, regresar a este país, quedarte en este país, es un verdadero absurdo si a vos lo que te interesa es escribir literatura, eso demuestra que en realidad a vos

no te interesa escribir literatura, nadie a quien le interese la literatura puede optar por un país tan degenerado como éste, un país donde nadie lee literatura, un país donde los pocos que pueden leer jamás leerían un libro de literatura, hasta los jesuitas cerraron la carrera de literatura en su universidad, eso te da una idea, Moya, aquí a nadie le interesa la literatura, por eso los jesuitas cerraron esa carrera, porque no hay estudiantes de literatura, todos los jóvenes quieren estudiar administración de empresas, eso sí interesa, no la literatura, todo mundo quiere estudiar administración de empresas en este país, en realidad en pocos años no habrá más que administradores de empresas, un país cuyos habitantes serán todos administradores de empresas, ésa es la verdad, ésa es la horrible verdad, me dijo Vega. A nadie le interesa ni la literatura, ni la historia, ni nada que tenga que ver con el pensamiento o con las humanidades, por eso no existe la carrera de historia, ninguna universidad tiene la carrera de historia, un país increíble, Moya, nadie puede estudiar historia porque no hay carrera de historia, y no hay carrera de historia porque a nadie le interesa la historia, es la verdad, me dijo Vega. Y todavía hay despistados que llaman «nación» a este sitio, un sinsentido,

una estupidez que daría risa si no fuera por lo grotesco: cómo pueden llamar «nación» a un sitio poblado por individuos a los que no les interesa tener historia ni saber nada de su historia, un sitio poblado por individuos cuyo único interés es imitar a los militares y ser administradores de empresas, me dijo Vega. Un tremendo asco, Moya, un asco tremendísimo es lo que me produce este país. Y sólo he estado quince días, dedicado a hacer los trámites para vender la casa de mi madre, quince días que han bastado para confirmar que aquí no ha sucedido nada, aquí nada ha cambiado, la guerra civil sólo sirvió para que una partida de políticos hicieran de las suyas, los cien mil muertos apenas fueron un recurso macabro para que un grupo de políticos ambiciosos se repartieran un pastel de excrementos, me dijo Vega. Los políticos apestan en todas partes, Moya, pero en este país los políticos apestan particularmente, te puedo asegurar que nunca había visto políticos tan apestosos como los de acá, quizá sea por los cien mil cadáveres que carga cada uno de ellos, quizá la sangre de esos cien mil cadáveres es la que los hace apestar de esa manera tan particular, quizás el sufrimiento de esos cien mil muertos les impregnó esa manera particular de apestar, me dijo

Vega. Nunca he visto políticos tan ignorantes, tan salvajemente ignorantes, tan evidentemente analfabetos como los de este país, Moya, resulta claro para cualquier persona mínimamente instruida que los políticos de este país tienen especialmente atrofiada la capacidad de lectura, a la hora de hablar se les nota que desde hace tiempo no ejercen su capacidad de lectura, resulta evidente que lo peor que les podría suceder a los políticos es que alguien los obligara a leer en voz alta ante un público, sería tremendo, Moya, te aseguro que en este país no hay necesidad de hacer un debate de ideas entre candidatos, resultaría suficiente prueba que los candidatos leyeran cualquier texto en voz alta ante un público, te juro que poquísimos políticos pasarían esta prueba de leer de corrido en voz alta. Y cómo se desviven por aparecer en la televisión, Moya, es horrible, si encendés la televisión a la hora del desayuno en todos los canales aparece un estúpido haciéndole las mismas preguntas estúpidas a un político que únicamente responde estupideces, me dijo Vega. Como para morir, Moya, como para vomitar el desayuno, como para arruinar el día. Ya de por sí la televisión es una peste, en Montreal ni siquiera tengo televisión, pero aquí en la casa de mi hermano, donde me que-

dé hasta hoy en la mañana, me obligaban a ver televisión a la hora de comida, aunque no lo creás, Moya, tienen el televisor enfrente de la mesa del comedor, para obligarme a ver la televisión a la hora de comer, es horrible, no podés comer normalmente, no podés hacer ningún tiempo de comida normalmente porque ahí está el televisor encendido para fastidiarte los nervios. Por eso, en contra de mi voluntad, he tenido que ver y escuchar a esos políticos apestosos por la sangre de las cien mil personas que mandaron a la muerte con sus ideas grandiosas, un tremendo asco me producen esos tipos tenebrosos que tienen en sus manos el futuro de este país, Moya, no importa si son de derecha o de izquierda, son igualmente vomitivos, igualmente corruptos, igualmente ladrones, se les nota en la cara la ansiedad por robar lo que puedan, unos sujetos realmente de cuidado, Moya, sólo necesitas encender el televisor para verles en la jeta la ansiedad por saquear lo que puedan a quien puedan, unos pillos con saco y corbata que antes tuvieron su festín de sangre, su orgía de crímenes, y ahora se dedican al festín del saqueo, a la orgía del robo, me dijo Vega. Pero brindemos, Moya, que no se nos amargue nuestro reencuentro por culpa de esos politicastros

que diariamente arruinaron mis comidas desde el televisor que mi hermano y su mujer encendían en el mismo momento en que me sentaba a la mesa. Y lo peor son esos miserables políticos de izquierda, Moya, esos que antes fueron guerrilleros, esos que antes se hacían llamar comandantes, éstos son los que más asco me producen, nunca creí que hubiera tipos tan farsantes, tan rastreros, tan viles, una verdadera asquerosidad de sujetos, luego que mandaron a la muerte a tanta gente, luego que mandaron al sacrificio a tanto ingenuo, luego que se cansaron de repetir esas estupideces que llamaban sus ideales, ahora se comportan como las ratas más voraces, unas ratas que cambiaron el uniforme militar del guerrillero por el saco y la corbata, unas ratas que cambiaron sus arengas de justicia por cualquier migaja que cae de la mesa de los ricos, unas ratas que lo único que siempre quisieron fue apoderarse del Estado para saquearlo, unas ratas realmente asquerosas, Moya, me da lástima pensar en todos esos imbéciles que murieron a causa de estas ratas, me produce una tremenda lástima pensar en esos miles de imbéciles que se hicieron matar por seguir las órdenes de estas ratas, en esas decenas de miles de imbéciles que fueron a la muerte entusiasmados por seguir las

órdenes de estas ratas que ahora sólo piensan en conseguir la mayor cantidad de dinerito posible para parecerse a los ricos que antes combatían, me dijo Vega. Pidamos otro par de whiskies, Moya, aprovechemos que aún es temprano, que Tolín está a cargo de todo y nos sirve los tragos generosamente; le pediré que ponga el Concierto en Si Bemol Menor para piano y orquesta de Tchaikovski, esta tarde tengo ganas de escuchar ese Concierto en Si Bemol Menor de Tchaikovski, por eso traje mi propio disco compacto con ese estupendo concierto para piano y orquesta, por eso vine preparado con lo que más me gusta de Tchaikovski. ¿Te acordás de Olmedo, Moya, aquel compañero del Liceo, un estúpido que siempre sacaba excelentes notas y trataba de quedar bien con los hermanos maristas, uno que parecía cura, un tipo realmente aburrido e indeseable por su exacerbado deseo de quedar bien con los curas? Fue el único de nuestra clase que se fue con la guerrilla, Moya, me lo contaron hace un par de días, el único de la clase que murió en las filas de la guerrilla, el cretino de Olmedo. ¿Y sabés lo peor? Lo mataron sus propios camaradas, lo fusilaron en San Vicente, estas ratas que ahora se han convertido en políticos lo mandaron a matar, lo fusilaron por traidor, al

cretino de Olmedo, el único de nuestra clase que murió en la guerrilla, por imbécil, ya se le miraba desde el colegio, ¿te acordás?, un tipo que por su ingenuidad acabó fusilado por órdenes de estas ratas, me dijo Vega.